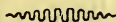


1841

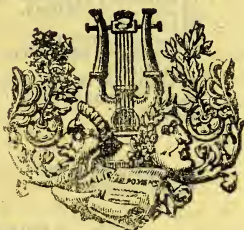
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.



EL CASTILLO MALDITO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1861.

10

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y púlcas.
Amar por señas.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empené un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuclilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afañ de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
shijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbuño.
Juan sin Tierra.
Juan sia pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos.
Los dos inseparable
La pesadilla de un

La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huésped
Los éxtasis
La posdata de una
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapato
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los Amantes de Ter
La verdad en el Es
La banda de la Conc
La esposa de Sanchi
La boda de Quevedo
La Creacion y el Di
La gloria del arte.
La Gitanilla de Ma
La Madre de San J
Las flores de Don J
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.

La lápida mortuor
La bolsa y el bolsil
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los ar
La escuela de los p
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien
La mujer del pueb
Las bodas de Came
La Cruz del miste
Los pobres de Mad
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Afric
Las dos Reinas.
La piedra filosofal
La corona de Cast
La calle de la Mo
Los pecados de los
Los infieles.
Los moros del Rif
La segunda cenici
La peor cuña.
La choza del alma
Los patriotas.
La peor cuña.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobr
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

EL CASTILLO MALDITO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS.

LETRA DE

DON JOSÉ MARIA HUICI,

MUSICA DE

DON ANTONIO ROVIRA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo, la noche del primero de
Febrero de 1861.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1861.

PERSONAS.

ACTORES.

GONZALO, capitán español...	SR. SOLER.
BEATRIZ, hija adoptiva de...	SRA. SANTAMARIA.
MARCELO, bardo.....	SR. CRESCJ.
ANDREA, jefe de los insurrec- tos de Averno.....	SR. BECERRA.
REGINA.....	SRA. LECCA.
BOMBARDA, asistente de Gon- zalo.....	SR. FERNANDEZ.
BLASCO, sargento español....	SR. VIDAL.
DOS NAPOLITANOS, que hablan.	

Oficiales y soldados españoles, hombres y mujeres de Averno y Nápoles.

La escena del primer acto en una hostería de Averno; el segundo y tercero en el Castillo Maldito, año 1647.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Patio de una hostería, plantado de árboles. En varios puntos de la escena mesas, sillas, bancos. Al frente una empalizada que cruza el teatro, por la que se vé una hermosa campiña. En el centro de la empalizada una puerta. Montañas en lontananza: á derecha é izquierda habitaciones.

ESCENA PRIMERA

MARCELO, ANDREA, REGINA, BOMBARDA, BLASCO, SOLDADOS, PAISANOS y PESCADORES, agrupados unos, sentados otros alrededor de las mesas. Los italianos beben, fuman y juegan á los naipes unos y otros á los dados. Á la derecha, en el proscenio, Marcelo acostado sobre un banco y apoyada en este su mandola, fuma y parece sumergido en sus meditaciones. Á la izquierda Blasco y Bombarda, sentados junto á una mesa, beben. Regina y algunas muchachas sirven las mesas. Animacion en todos.

CORO DE PAISANOS Y PESCADORES.

Tranquila está la tierra,
en calma está la mar:
dichoso el italiano
y exento de pesar,
bebe y canta,
y no le espanta
de su patria el porvenir.
Alegria,
que hoy es dia
de cantar y de reir.

Quién sabe si mañana,
mugiendo el huracan,
á la dichosa calma
sucederá el afan.

Entre tanto
vino y canto,
que mañana Dios dirá:
canto y vino,
que el destino
nuestros pasos guiará.

BLASCO.

¿Oyes, Bombarda amigo?
Picante es la cancion.
¿Qué dices de ella?

BOMB.

Digo

que no presté atención.

BLASCO.

Tabernero de los diablos,
alumbrad este farol...

(Mostrando la botella.)

Vamos pronto, ó vive Cristo...

(Andrea aparece trayendo otra botella y reprimiendo su cólera.)

AND.

Tenga calma el español.

REG.

Por piedad, señor... (Bajo á Andrea.)

AND.

Amigos,

tomad vino y no griteis,
que á mis pobres parroquianos
ahuyentar de aqui podeis.

CORO DE SOLDOS.

El mundo entero conquistaremos.

Viva la guerra, viva la guerra;

y muy en breve conoceremos

todos los vinos que hay en la tierra.

PAIS. y PESO.

Entre tanto

vino y canto,

que mañana Dios dirá.

Canto y vino,

que el destino

nuestros pasos guiará.

(Suenan las dos.)

BOMB.

Pronto, al relevo: suenan las dos.

AND.

(Al fin se marchan: gracias á Dios.)

(Marcha militar. Los soldados toman las armas y vándose formados. Blasco los manda. Bombarda vá detrás.)

Marcelo, arriba;

tu vez llegó.
Á esa mandola
une tu voz.

Bardo de las montañas,
te escuchan tus hermanos:
que tu canto sublime
cual siempre reanime
los corazones napolitanos.

(Marcelo se levanta y toma su mandola. Todos le cercan.)

MARC. Estoy pronto, compañeros.

AND. Prestad todos atencion.

CORO. Buen Marcelo, ya escuchamos:
dá principio á tu cancion.

MARC. Al pié de estos montes que tocan al cielo
un pueblo de bravos formó el Hacedor;
de libres hermanos amparo y consuelo,
de viles tiranos espanto y terror.

Alerta, alerta, napolitanos:
la hora se acerca de combatir.

Antes que esclavos morir debemos:
por nuestra patria dulce es morir.

CORO. Antes que esclavos morir debemos:
por nuestra patria dulce es morir.

MARC. Mirad del Vesubio la cima humeante.

Oid de ese golfo las ondas bramar:
retiembla la tierra con ruido tonante
horrisono el viento comienza á arreciar.

Los elementos son con nosotros:
tambien se áprestan á combatir.

Antes que esclavos morir debemos;
por nuestra patria dulce es morir.

CORO. Antes que esclavos morir debemos;
por nuestra patria dulce es morir.

(Los paisanos y los pescadores se dan las manos con entusiasmo
y vándose por el fondo en distintas direcciones.)

ESCENA II.

MARCELO y ANDREA.

HABLADO.

- AND. Al fin se fueron nuestros enemigos, y hasta dentro de dos horas no volverán. (Coge su trompa, y dirigiéndose al campo le hace dar un sonido prolongado.)
- MARC. ¿Qué haces, Andrea?
- AND. Silencio. (Escuchando. Óyese lejos otro sonido igual.)
- MARC. Pero ¿qué significa?
- AND. ¿Y qué te importa? ¿Debo acaso darte cuenta de mis secretos, de mi conducta?
- MARC. ¡Secretos políticos!... No: dices bien. ¿Qué me importan tus secretos? Tú, jefe de los revolucionarios napolitanos, compañero de Masaniello, ocultas tus planes bajo el grosero traje de hostalero; mientras que yo no soy mas que un pobre bardo, errante de monte en monte y de pueblo en pueblo. Tú conspiras y yo canto.
- AND. Enhorabuena.
- MARC. Por otra parte, tú sabes el motivo que aqui me guia. Beatriz vá á volver, ¿no es cierto? Hace mas de un mes que me prometiste su regreso.
- AND. Impaciente estás por verla.
- MARC. ¿Y no he de estarlo?... Mi Beatriz, mi hija adoptiva... Su moribundo padre la puso en mis brazos, diciéndome: «Marcelo, te entrego á mi pobre hija: sé su segundo padre; vela por ella.» ¡Oh, yo no debia haber ce dido á tus instancias y á las de tu mujer: debia haberla conservado junto á mí!...
- AND. ¿Y qué hubieras hecho de ella, pobre trovador, sin recursos... sin asilo?...
- MARC. Es verdad: no tengo mas bienes que mi mandola y mis canciones.
- AND. Yo la hago digna de su buen padre.
- MARC. Si: no ignoro que, apodérándote de su tierno corazon, le has inspirado un solo amor, el mas noble, el mas puro: el amor á la patria. No ignoro que, obedeciendo fielmente tus órdenes, venciendo los obstáculos, penetra audazmente hasta el centro del ejército español, sor-

prende sus planes, y te proporciona á tí, político y astuto, los medios de frustrar sus empresas.

AND. ¿Y cómo has descubierto?...

MARC. La casualidad. También yo penetro en todas partes cantando mis baladas. Mi mandola es un salvoconducto que á nadie inspira sospechas.

AND. Pues bien; sabe que Beatriz ha sido portadora de una misión importante.

MARC. Lo habia adivinado. Y como se asegura que la clemencia de Masaniello despues de su victoria puede ser funesta á él y á la libertad de Nápoles...

AND. ¡Cómo!... ¿También sabes?...

MARC. Sé que, no contentos nuestros conquistadores con el impuesto establecido sobre la carne, el vino, el pescado y la harina, lo han establecido también sobre las frutas y legumbres. Sé que el descontento es general, y que, á pesar del triunfo de Masaniello y de los regalos que á este hace el duque de Arcos, nuestro virey, el pueblo no está tranquilo, desconfía, teme y se prepara. ¿No es así, Andrea? Pero sed prudentes; desconfiad de Julio Genovino y de su amigo el Carmelita: el antiguo confidente del duque de Osuna puede seros funesto. Aceptad, amigo Andrea, este consejo del pobre bardo, por mas que sea ignorante en negocios que atañen á la política.

AND. Bien, bien; pero hablemos de otra cosa.

MARC. Si, hablemos del regreso de Beatriz. ¿Será cierto? Me lo has prometido tantas veces...

AND. Nada temas: esta vez la verás pronto.

MARC. ¿Cómo?

AND. ¿No me preguntabas hace poco qué significaba el sonido que he hecho dar á mi trompa, y al que han respondido también?

MARC. Prosigue. ¿Quién ha respondido?

AND. Ella, Beatriz.

MARC. ¡Beatriz!... ¡Tan cerca de nosotros!

AND. Si, si: ahí la tienes.

ESCENA III.

DICHOS y BEATRIZ.

- BEAT. Señor... (Precipitándose en los brazos de Marcelo.)
- MARC. ¡Hija mia... mi Beatriz! Mas de un mes sin verte... Esperando tu vuelta á cada instante...
- BEAT. ¡Ah, perdonadme, perdonadme entrambos! Una detencion involuntaria, un sucesó extraño al pie del Monte-nuevo...
- MARC. ¿Del Monte-nuevo?
- AND. ¿Has corrido algun peligro?
- BEAT. No, Andrea: escuchadme. Hace un mes descendia yo del monte cuando me sorprendió la noche.
- MARC. Al pie del Monte-nuevo... hace un mes... al cerrar la noche... ese chal... ¡ah! lo sé todo... (Reponiéndose.) Me lo han contado. Si, si, hija mia, te reconozco en aquel rasgo.
- AND. Pero en fin, ¿qué ha sucedido?
- MARC. Yo lo contaré, yo, porque es como si lo hubiese visto, como si lo viera ahora. Tan fiel ha sido la narracion. Al pie de la montaña la rojiza luz de una hoguera alumbraba un grupo de nuestros hermanos armados. Á diez pasos delante de ellos, un oficial español, arrodillado, pedia á Dios consolase á su anciana madre, que no volveria á ver en la tierra. Nuestros compatriotas preparan sus arcabuces, apuntan... cuando una mujer, apareciendo en medio de las sombras, semejante al ángel de la guarda, enternecida sin duda á la vista del terrible espectáculo...
- BEAT. (Con emoció.) Si: comprendiendo el dolor, y viendo la sangre fria, la juventud del español, aquella mujer pensó tambien en su madre, que está allá arriba; se lanzó sobre el oficial, extendió sobre él este chal misterioso y le salvó la vida... Esa mujer...
- MARC. Era ella, amigo mio: era Beatriz.
- AND. ¡Tú! Pero dándote á conocer podias perderlo todo, descubrirnos...
- BEAT. Cubrí mi rostro con el velo: nadie vió mis facciones; pero yo le veia... He devuelto un hijo á su madre, y Dios me ha recompensado, pues me veis aquí felizmen-

te de vuelta.

AND. Fué muy mal hecho: salvar á un enemigo.

BEAT. Yo solo ví, Andrea, á un hombre indefenso.

MARC. Bien, hija mia, bien; ¿y despues?

BEAT. Oid.

CANTO.

Quando, al fin, de mis hermanos
apacar logré el furor,
puso el mísero en mis manos
este emblema del valor.

—
«Admite esta cruz, me dijo,
y si has menester de mí,
te prometo cual buen hijo
que sabré morir por tí.

—
Llámame,
mándame
y obedeceré.»

—
Su rostro apacible,
su dulce mirada,
su mágico acento,
su tierna emocion
en mi alma sensible
hallaron entrada;
y el fuego hora siento
de intensa pasion.

HABLADO.

AND. En fin, sepamos, ¿cómo has desempeñado tu comision?
Los jefes de la montaña...

BEAT. Les he visto y consienten en acudir al Castillo Maldito
para concertar el plan de la insurrección.

MARC. ¿Á ese viejo edificio abandonado hace siglos á causa del
terror popular? Acertada ha sido la eleccion del sitio.

AND. ¿Y has adquirido algunas [noticias acerca de los espa-

ñoles?

BEAT. Si. Á pesar de haber dado mis señas á todos los puntos avanzados de la línea, merced á mi disfraz, he penetrado fácilmente hasta en medio de nuestros enemigos. Para regresar hasta aquí volví á cambiar de traje: y he sabido que el oficial que manda este destacamento ha debido recibir una órden para dirigirse esta noche al Castillo Maldito.

AND. ¡Cómo! ¡esta misma noche!

MARC. ¿Y con qué objeto?

BEAT. Lo ignoro. Sé únicamente que es una órden secreta y que debe cumplirla yendo sin escolta.

AND. Cualquiera que sea el objeto no puede menos de sernos fatal; y puesto que esta noche nos reunimos en el castillo, antes que penetre en él, morirá en su puerta el capitán Gonzalo.

BEAT. ¡Qué decis! ¡El capitán Gonzalo!

MARC. Beatriz, hija mia, has palidecido... ¿Sería acaso ese oficial...

BEAT. ¡Matarle! (Á Andrea, sin escuchar á Marcelo.) No, no lo haréis... ¿Es cierto?

MARC. ¿Y cómo habian de hacerlo sin quebrantar la fé de los tratados? Ese asesinato causaría la ruina de nuestro país.

AND. ¿Qué nos importa? Mañana la victoria será nuestra.

BEAT. ¿Y si no fuese esta noche á ese maldito castillo?

AND. ¿Cómo?...

BEAT. Decid, si no fuese...

AND. Nada tendría que temer; pero si vá es perdido.

BEAT. (¡Perdido! ¿Y cómo evitar?...)

BOMB. (Desde dentro.) Digo que no.

AND. Silencio, alguno se acerca.

BEAT. (Á Marcelo.) Un soldado... Retirémonos. Yo os lo diré todo.

AND. (Yéndose.) Venid.

BEAT. Oh, padre mio, es necesario salvarle á toda costa. Tengo una idea...

MARC. Bien, bien; tranquilízate (¡Pobre hija mia!... Ella le ama.) (Vánse los tres por el fondo.)

ESCENA IV.

BOMBARDA y REGINA.

- BOMB. No, no, no y no. (Regina le persigue.)
- REG. Dadme vuestro brazo.
- BOMB. No tengo brazo: soy manco.
- REG. Pero escuchadme.
- BOMB. No tengo oídos: me he vuelto sordo.
- REG. Miradme al menos.
- BOMB. Me he vuelto ciego.
- REG. ¿Y no me hablareis tampoco?
- BOMB. Tampoco. Soy mudo, quiero ser cruel.
- REG. Pero ayer, esta mañana, hace un instante deciais que me amabais.
- BOMB. Ayer tendría corazón; esta mañana, hace un instante: todo ello es posible; pero en este momento nada de tic-tac: el reloj se ha parado. ¿Quereis que os lo repita? Pues bien, el servicio de mi capitán antes que todo: no será finura; pero tal es la consigna. Mozo... (Llamando.) Tal es la consigna. Mozo... (Acude una criada.) Calle, el mozo es una moza... No importa, estoy por ellas. A ver, una botella de *Lágrima*, y fuego, como de costumbre. (La criada vuelve trayendo una botella, una bandeja con copas y fuego, que deja en una mesa de la izquierda.)
- REG. ¿Quereis que os ayude?
- BOMB. Se agradece; pero el capitán no quiere que le sirvan más que estas preciosas manitas. (Arreglando la mesa.) Aquí la botella; las copas al frente... á la izquierda la pipa... bravo. Una silla que no cojee... ajá...
- REG. Pronto habeis concluido.
- BOMB. Ahora soy tuyo, encantadora Regina, y para comenzar, (Sentándose.) hazme el amor, ó más bien dame un abrazo, te lo permito.
- REG. Oiga... Pues está buena la salida.
- BOMB. ¿Qué es eso? ¿Te resistes?
- REG. Ya se vé que sí: yo tengo mis principios.
- BOMB. Principia, pues, conmigo.
- REG. Calle, ¿de veras?
-

CANTO.

REG. Amantes seductores
que á caza noche y dia
sembrando vais amores,
y en vos solo hay falsia,
y con palabras pérfidas
é incautas sorprendéis,
pasad, que aqui se entiende
por dicha vuestro juego.
Sabed que en mí no prende
tan fácil ese fuego.
No mas humildes súplicas,
que el tiempo perdereis.

BOMB. Tuyo, remonona,
es mi corazon.
Tú eres mi pichona,
yo soy tu pichon.

REG. Mi pecho es insensible
para el alcon artero;
mas es tierno y sensible
para el pichon sincero:
á sus arrullos crédula
templar sabré el rigor,
y tierna y cariñosa
sabré á su llama pura
corresponder gozosa
haciendo su ventura:
y en insolubles vínculos
le juraré mi amor.

HABLADO.

BOMB. Todo eso está muy bien. Pero me negarias á mí, que soy casi tu marido...

REG. ¿Qué es eso de *casi*? ¿Y si el regimiento se larga con la música á otra parte?

BOMB. Napolitana de mis ojos, nos casamos y te vienes conmigo.

REG. ¿De veras?

- BOMB. Te llevaré á Madrid.
- REG. A Madrid... ¡Ay, qué gusto! (Gozosa.)
- BOMB. Y te mirará todo el mundo...
- REG. ¿A mí?
- BOMB. Y dirán: «Ahí vá el caballero don Robustiano Bombarda y su linda señora doña Regina... ¿de qué?
- REG. Escobini... ¡Qué felicidad! (Muy satisfecha.)
- BOMB. Es que yo soy muy conocido en la capital de España: ya ves, mi posicion en la milicia...
- REG. Y yo que os creia simple soldado...
- BOMB. ¿Cómo simple? Soy algo mas: soy compuesto: y ademas soy asistente...
- REG. Toma... asistente...
- BOMB. Una dignidad en el ejército: como si dijéramos el cajero, el apoderado, el ayuda de cámara de todo un capitán... que nunca tiene una peseta, ni negocios, ni... Pero mira qué fenómeno: yo, que quiero vivir para tí, italiana de mis entrañas, me dejaria matar por mi capitán. Él es mi sol, yo soy su sombra: yo le guiso, le hago los calcetines, le coso los puntos, le remiendo las camisas y los calzoncillos, le marco los pañuelos...
- REG. Cómo, ¿sabeis hacer todo eso?... ¡Un hombre!...
- BOMB. Y para darte una prueba, permítame, Regina, reina mia, ofrecerte esta débil muestra de mis bastos conocimientos. (Le dá un pañuelo muy doblado y envuelto en un papel.)
- REG. ¡Un pañuelo bordado para mí!... (Después de desdoblarlo.)
- BOMB. Cabalito. Me parece que soy galante, ¿eh?
- REG. Como buen español. ¡Qué amable y qué generoso!... ¡Pero calle!... aqui hay una A y una G. Estas no son mis iniciales.
- BOMB. Pero son las de mi capitán: Alfredo Gonzalo. ¿Qué mas dá? Ademas no sé hacer otras. Mas aqui viene...
- REG. ¿El capitán?
- BOMB. Silencio en las filas.
- REG. Pero...
- BOMB. Firmes... Por filas á la izquierda: paso redoblado, marchen. Uno, dos, uno dos... (Regina lo ejecuta.)
- REG. ¿Qué tal, mi coronel? (En tono de broma.)
- BOMB. Bien marcha mi regimiento. (Váse Regina por la izquierda.)

ESCENA V.

GONZALO Y BOMBARDA.

- GONZ. ¡Ah! ¿eres tú? (Trae unos pliegos en la mano.)
- BOMB. Estais servido, mí capitan. (Saludando militarmente.)
- GONZ. Bien: quédate ahí.
- BOMB. Obedezco, mi capitan.
- GONZ. (Leyendo uno de los pliegos que trae abierto.) «Dirigios inmediatamente al Castillo Maldito, situado á la legua y media del puno que ocupais. Como el menor movimiento de tropas despertaria la desconfianza, ireis sin escolta, y pretextando que vais por mera curiosidad artística. Que un guia os acompañe. En cuanto al pliego cerrado que vá dentro de esta órden, no lo abrireis hasta una hora despues de media noche y en el castillo mismo. Unicamente en el caso de veros sorprendido, rompereis el sobre, os enterareis del contenido del pliego y le quemareis. Confio esta importante comision á vuestro valor y á vuestra... etc.» Las frases de rigor. Á fé mia es deliciosa la carrera militar. Se os dice: «Id,» y vais: «Quedaos aqui hasta morir,» y obedecis. Al menos esto es sencillo y cómodo: no fatiga la imaginacion. Escucha. (Á Bombarda.)
- BOMB. Presente, mi capitan.
- GONZ. Vas á marchar.
- BOMB. Bien, mi capitan.
- GONZ. Vé á buscar un caballo que lleve nuestras provisiones.
- BOMB. Voy, mi capitan. (Dá media vuelta y váse al paso redoblado.)

ESCENA VI.

GONZALO y MARCELO, que viene por el fondo.

- MARC. (Nuestro plan está perfectamente combinado. Aqui está.) (Viendo á Gonzalo.) Hola, señor capitan...
- GONZ. Adios, amigo Marcelo. (Tomando su pipa y sentándose.) Por mi vida, que me alegro mucho de veros. Ea, sin cumplimiento, sentaos aqui y aceptad una copa de vuestro delicioso *Lágrima-Cristi*.
- MARC. En buen hora. (Sentándose.) La acepto con la misma cor-

dialidad con que os dignais ofrecérmela. Á vuestra salud, señor capitán.

GONZ. A la vuestra, discretísimo bardo. (Beben.) ¿Creereis que de todos los italianos que he conocido sois el único que me inspira confianza? Apostaría á que sois partidario de mi hermosa España.

MARC. ¿Yo?

GONZ. Sí, sí, vos.

MARC. Pues bien, sí... (Reprimiéndose.) Bajo el aspecto de la gloria. Como es uno admirador de las cosas grandes: y aun añadiré;—pero á vos solo y muy quedito,—os confesaré que al escuchar la narracion de las jornadas de Cerinola, Pavia y tantas otras que cubrieron de laureles vuestras banderas, frecuentemente, y cediendo al entusiasmo, he tomado mi mandola y he entonado un canto de victoria.

GONZ. (Levantándose con la copa en la mano.) Bravo, amigo Marcelo, brindemos por España.

MARC. ¡Brindemos por España! (Beben.) Siempre bajo el aspecto de la gloria: porque ya comprendereis... ¿Qué me importa á mí, pobre poeta, que el rey de Nápoles sea un descendiente de Fernando el Católico ó de Federico III? Mi patria es el universo, mi único bien mi mandola, mi ídolo la libertad.

GONZ. ¡Bravo!

MARC. Al ver vuestra mirada tierna y vaga, mas de una vez he dicho para mí: este jóven oculta en su corazon una de esas pasiones profundas, misteriosas...

GONZ. ¿Y si yo os dijese que habeis adivinado?

MARC. ¿De veras? Pues bien, contadme vuestros amores, y haré de ellos una hermosa balada.

DUO.

MARC. Sed franco, y confiadme la pena que os inquieta: estais enamorado, y yo soy un poeta.

Podemos entendernos entrambos, ¡vive Dios!

Corremos en el mundo de una quimera en pos.

¿Buscáis vos la hermosura, la gloria y sus promesas?

GONZ. Si; busco la hermosura, la gloria y sus promesas.

MARC. Yo ansío delirante artísticas empresas.

GONZ. Ansía delirante artísticas empresas.

MARC. Buscando dichas
recorro el mundo,
y hallo do quiera
dolor profundo.

GONZ. Yo un día un ángel
hallé en el suelo,
salvó mi vida
y tornó al cielo.

Solo arriba puede estar
quien ternura tanta encierra.

MARC. ¿Y si al fin tornais á hallar
ese amor sobre la tiara?
¿Sabeis su nombre?

GONZ. No.

MARC. ¿No? ¿Su rango?

GONZ. Tampoco.

MARC. ¿Tampoco? Y bien, ¿su voz?

GONZ. No la oí.

MARC. ¿No? Estais loco.

¿Su nombre, ni su rango,
ni su voz conocéis?...

GONZ. Y no obstante la adoro.

MARC. Bizarro amante haceis.

Es chistosa la aventura;
¡bien por Dios!

De una incógnita hermosura
vais en pos:

bien os dije, la locura
hizo presa de los dos.

GONZ. De una incógnita hermosura
voy en pos;

que hoy apure la amargura
quiere Dios.

Decis bien, de la locura
somos víctimas los dos.

MARC. ¿Y hariais el retrato
de esa hechicera?

GONZ. ¡Qué mucho si conmigo
viene dó quiera!

MARC.

Pues al momento
hacédmele.

GONZ.

En buen hora:
estadme atento.

—
Es de fuego su mirada,
son sus labios de carmin,
su sonrisa es envidiada
del mas bello serafin.
Y del cielo descendida
esa angélica vision,
ha encontrado su guarida
en mi amante corazon.

MARC.

Ya tenemos la balada,
mi valiente paladin,
y por mí ha de ser cantada
de la Italia hasta el confin.
Y no habrá niña advertida
en la itálica region,
que no escuche enternecida
tan extraña relacion.

HABLADO.

GONZ.

Reid cuanto gustéis, amigo Marcelo; pero convendreis conmigo en que hay recuerdos que se graban de una manera indeleble en nuestro corazon. ¡Ea! hablemos de otra cosa. ¿Sabeis que, no obstante la hermosura de este pais, con sus montañas, sus campiñas y su azulado mar, á pesar de la constante alegría de sus moradores, principia el tedio á apoderarse de mí? (Pensemos en las órdenes de mi general.) ¿No teneis en estas inmediaciones algunas curiosidades dignas de ser visitadas? ¿Algunas ruinas, algun castillo deshabitado?

MARC.

(Ha recibido la orden.)

GONZ.

Repasad vuestra memoria.

ESCENA VII.

GONZALO, MARCELO, BOMBARDA y REGINA.

- BOMB. Todo está pronto para la marcha, mi capitán.
- GONZ. (Bajo á Bombarda.) Calla, imbécil.
- BOMB. Bien, mi capitán.
- REG. (Á Bombarda.) Pero ¿adónde vais?
- BOMB. Calla, imbe... digo, prenda mía. (Á Regina.)
- GONZ. Me han hablado de un vetusto castillo, situado á legua y media de aquí... que se llama... Esperad.
- REG. (Con viveza.) ¿El Castillo Maldito?
- GONZ. Justamente.
- REG. Que Dios nos ampare.
- MARC. Y es digno de su nombre, porque es un lugar maldito.
- GONZ. ¿Es cierto que nadie osa ir á ese castillo?
- MARC. Algunos van; pero no todos suelen volver. Pasan en él tales cosas...
- GONZ. ¿De veras? ¿Qué pasa?
- REG. ¡Ah! no queráis saberlo.
- GONZ. (En tono burlón.) Sí, sí: habrá vampiros de los que matan con una sola mirada, fantasmas arrastrando cadenas.... Cuando niño me contaban muchas de esas consejas.
- BOMB. ¡Diablo! Y llama á eso consejas.)
- REG. Oh, no habéis así, señor oficial; puede acarrearos alguna desgracia.
- BOMB. Es muy posible.
- GONZ. (Á Bombarda.) Oiga... ¿Tú también?
- BOMB. Bien sabéis, mi capitán, que en nuestra hermosa Andalucía se nos cria temiendo á Dios, á la justicia y á los aparecidos. Oh, los duendes, los fantasmas... Brrr... Se me pone carne de gallina.
- GONZ. Estás chistoso. ¡Cobarde!
- MARC. Hay cosas que deben respetarse, aun cuando no se crean, señor capitán.
- GONZ. La verdad, amigo Marcelo, ¿quereis divertirnos á mi costa? Ea, principiad, que ya os escucho.
- BOMB. (De fijo, esta historia me vá á atacar los nervios.)
- MARC. Dice así:
- «Elena era una dama
de singular belleza,

y por guardarla ansiosa
al diablo su alma dió.

La muerte, que nos llama
con ávida fiereza,
de Elena largos años
la vida respetó.

Un siglo trascurriera,
y Elena, siempre hermosa,
en pos de sí llevaba
adoradores mil.

Su bello rostro era
envidia de la rosa;
no habia flor cual ella
de Italia en el pensil.

Quedaban de amor locos
cuantos á Elena vian;
encanto irresistible
lanzaba por do quier.

De su castillo pocos
incólumes salian.
Qué mucho, si con ella
estaba Lucifer.

Al fin llegó un invierno,
y en noche tormentosa
el cielo sobre Italia
sus iras descargó.

Volando hasta el infierno
fué el alma de la hermosa:
de Elena y del demonio
el pacto se cumplió.

Dos siglos han pasado,
y Elena todavía
torna al dar media noche
á su mansion feudal.

Perdido es el cuidado
que la noche extravía,
y á Elena la endiablada
encuentra por su mal.

Elena de su amada
le ofrece la figura,
y el triste fascinado
sucumbe á la ilusion.

Entonces despiadada
le envuelve en amargura,
y en vez de dichas halla
eterna maldicion.

No vayas, caminante,
á la mansion maldita;
aparta de sus muros
la vista con pavor:
aléiate al instante,
huye de la precita,
ó teme del Eterno
el rayo abrasador.»

GONZ. ¿Concluyó?

MARC. Sí, mi capitán.

GONZ. Pues os diré que vuestro cuen'o es curioso; pero que no creo de él ni una sola palabra.

MARC. Reid cuanto gustéis: sin embargo, añadiré que aun no hace medio siglo, tal día como hoy, trece de setiembre, aniversario de la muerte de Elena y día marcado para su aparicion, un jóven, extranjero como vos, incrédulo como vos, y valiente como el que mas, acometió la temeraria empresa de penetrar en el Castillo Maldito...

BOMB. Hé ahí lo que yo no haria por todo el oro del mundo. Jesus, María y José. (Santiguándose.)

MARC. Y apenas habia dado el reloj la última campanada de las doce, en medio de la oscuridad de la noche, la fantasma, para atraer mejor al imprudente jóven, se le apareció bajo la forma de una linda señora á quien amaba.

GONZ. Pues no es poca felicidad: un espectro que se asemeja á la mujer que uno ama! Pero calle; esto me ofrece el medio de conocer á mi salvadora misteriosa.

BOMB. ¡Válgame Santiago, patron de España! ¿Y seriais capaz, mi capitán?...

MARC. Á la mañana siguiente supo el temerario extranjero que su amada habia muerto á la hora misma en que habia evocado á la fantasma.

GONZ. ¿De veras? (Riendo.)

BOMB. Señor, señor... ¿y es á ese maldito nido de brujas adonde tenéis el antojo de ir?

GONZ. Y sin demora: tú vienes conmigo.

BOMB. ¡Válganme las once mil vírgenes!

MARC. Temed, señor capitán...

- GONZ. Vaya, amigo mio, confesad que, á fuerza de recitar esa balada, habeis concluido por creerla como el vulgo necio: pero yo, que no temo á vuestra Elena la castellana, voy á visitar el castillo en que vivió.
- BOMB. (De esta hecha voy de guarnicion á los infiernos.)
- MARC. (Es imposible hacerle desistir.) ¿Y pensais ir sin mas compañía que la de este muchacho?
- GONZ. Sin mas compañía.
- BOMB. ¿No podriamos llevar aunque solo fuesen unos quinientos hombres?
- MARC. Ni uno ni otro conoceis el camino... necesitais un guia seguro y fiel.
- GONZ. Teneis razon; pero apuesto á que entre todos vuestros bizarros compatriotas no hay uno que se atreva á prestarme ese servicio.
- MARC. Os equivocais, porque yo me atrevo.
- GONZ. ¿De veras?
- MARC. No os asombre: hace años que el amor y yo estamos reñidos... y tampoco tengo la vida en mas precio del que vale. Iré con vosotros.
- GONZ. Gracias, bardo insigne. (Dándole la mano.) Os digo ahora como há poco me dijisteis. Acepto la oferta con la misma cordialidad con que os dignais hacérmela. Bombarda, ¿has prevenido mis armas?
- BOMB. Sí, mi capitan.
- GONZ. ¿Y las provisiones?
- BOMB. Sí, mi capitan. (Como si para el infierno se necesitasen provisiones.)
- GONZ. ¿Qué rezas entre dientes?
- BOMB. ¿Y no podriamos llevar tambien un calderillo de agua bendita y un hisopo?
- GONZ. ¿Quieres callar, imbécil?
- MARC. (Beatriz debe habernos escuchado, y ella quizás encuentre el medio...) Señor capitan, estoy pronto á seguiros.
- BOMB. Regina, quiero hacer mi testamento y declararte mi heredera universal.
- REG. ¿Y qué teneis que dejarme?
- BOMB. Absolutamente nada; pero no importa: te dejo cuanto tengo. (Salen Andrea y Beatriz, en traje de gitana, y coro de ambos sexos.)
-

ESCENA VIII.

MARCELO, GONZALO, BOMBARDA, REGINÁ, ANDREA, BEATRIZ, en traje de gitana, napolitanos de ambos sexos, pescadores y pescadoras.

CORO.

- MUJS. (Mirando adentro.)
Aquí está, aquí está.
- HOMBS. Nuestra suerte nos dirá.
- GONZ. ¿Por qué esas voces, esa jarana?
- REG. Todos rodean á una gitana.
- MUJS. Prodigó naturaleza
á esa niña la belleza;
y su acento
á los unos dá el contento:
mal su grado
á los otros dá el enfado.
De hermosura sobrehumana
es por cierto la gitana.
-
- ¿Qué irá á decirnos? Ya lo veremos.
Hácia este lado nos coloquemos.
-
- REG. Chito, silencio: ahí la teneis,
y muy en breve la escuchareis.
- MUJS. Aquí está.
- HOMBS. Aquí está.
- TODOS. Nuestra suerte nos dirá.
- BEAT. Si, si, queridos: vedme; aqui estoy.
Yo la gitana de Averno soy.
Yo los secretos sé del destino:
de los milagros abro el camino.
Á las estrellas sábia consulto:
para mi ciencia nada hay oculto,
y dando dichas á mis hermanos,
como en un libro leo en sus manos.
- CORO. Es aprieto:
no hay secreto
para ella;
y una estrella

la descubre
lo que encubre
el oscuro porvenir.
Sobrehumana
es la gitana.
Escuchemos;
esperemos.
La desdicha
ó nuestra dicha
vá muy luego á predecir

BEAT. Venid, niñas incrédulas,
que os voy á revelar
si os ama ó si es un pérfido
el hombre á quien amais.
Venid tambien los jóvenes
de amante corazon,
sabreis si vuestra tórtola
merece tanto amor.

HOMBS. y MUJS. Bella gitana,
callad, callad;
no digais eso
por caridad.

BEAT. ¿Quereis que calle?

HOMBS. y MUJS. Si, si, hechicera:
dinos la suerte
que nos espera.

BEAT. (Examinando la mano de Regina.)
Un jóven muy gallardo
de amor muere por tí.

REG. ¿De veras ese jóven
de amor muere por mí?

BOMB. (Á Beatriz, mostrándose con presuncion.)
El jóven tan gallardo
tenéisle, niña, aqui.

HOMBS. y MUJS. Modesto es el mastuerzo;
parece un jabalí.

BEAT. Guarda, niña, no te fies
en palabras de español:
siempre en pos de la belleza
es voluble girasol.

GONZ. Dices bien, niña hechicera;
pues constante el español,

siempre adora á una belleza
como al sol el girasol.

BEAT. ¿Sois consecuente?
GONZ. Soy español.
BEAT. ¿Á una amais siempre?
GONZ. Cual girasol.

BEAT. Aqui de vuelta, niñas, estoy;
yo la gitana de Averno soy.
GONZ. De la gitana prendado estoy;
que es hechicera creyendo voy.
BEAT. Preciosas niñas, venid sin miedo,
aqui de vuelta gozosa estoy;
secretos grandes deciros puedo;
la gitanilla de Averno soy.
GONZ. De aqui mis pasos llevar no puedo,
de la gitana prendado estoy.
Á sus encantos rendido quedo;
que es hechicera creyendo voy.
CORO, BOMB. y REG. Por Dios, gitana, me causas miedo.
Si mis secretos descubres hoy
en adelante mentir no puedo:
no mas amores, perdido
perdida soy.
MARC. Ante el peligro no retrocedo;
para guiarle con él me voy:
en este trance salvarle puedo.
De hoy mas su apoyo, su escudo soy.
AND. En nuestra empresa cejar no puedo:
de que le ama seguro estoy.
Su desventura me infunde miedo;
mas de mi patria primero soy.

HABLADO.

MARC. No he podido hacerle desistir. (Bajo á Beatriz)
BEAT. (Id. á Marcelo.) Dejadme hacer. (Á Gonzalo.) Hola, mi ga-
llardo oficial, solo vos pareceis desdeñar á la pobre bo-
hemia.
GONZ. No, mi hermosa niña ; hago lo que los demas, escucho
y aplaudo.

- BEAT. ¿Y no me consultais? ¿Temeis mis predicciones?
- GONZ. ¿Temerlas yo? ¿y por qué?
- BEAT. No desconfieis de mí: puedo deciros cosas que...
- GONZ. Si ello puede agradarte, aquí tienes mi mano.
- BEAT. Voy á decíroslas. (Examinando la mano de Gonzalo.) Teneis una madre que os ama con delirio.
- GONZ. (Con emocion.) Es cierto. ¡Madre mia!
- BEAT. Hace poco tiempo que la habeis escrito.
- GONZ. Prosigue.
- BEAT. En este momento abre la carta... Su rostro expresa el temor... ahora el espanto... sus ojos vierten abundantes lágrimas... pero son de alegría, de felicidad porque su hijo se ha salvado.
- GONZ. ¿Cómo puedes saber?...
- BEAT. Muy fácilmente: lo estoy leyendo en esta raya. (Señalando en la mano de Gonzalo.)
- GONZ. Es singular... Pero adivinas lo pasado.
- BEAT. ¿Quereis lo presente?
- GONZ. Si.
- BEAT. Vais á una expedicion peligrosa.
- GONZ. ¿Tambien lo has adivinado?
- BEAT. ¿Quereis lo porvenir?
- GONZ. Veamos.
- BEAT. (Con intencion.) Si vais al Castillo Maldito, vuestra amada morirá.
- BOMB. Ya lo ois, mi capitan. (Tiemblo como un azogado.) (Gonzalo se queda pensativo.)
- BEAT. Pero, señor capitan, me deteneis demasiado y necesito acudir á otros.
- GONZ. ¿Qué significa todo esto?
- BEAT. (Mirando con disimulo á Gonzalo.) (¡Titubea!)
- AND. (Presentándole la mano.) Llegó mi vez, linda gitana.
- MARC. Y bien, valiente español, insistis?
- GONZ. (Con resolucion.) Partamos.
- BEAT. (¡Gran Dios!)
- BOMB. (Me doy por muerto.)
- AND. (Bajo á Beatriz.) Ya lo oyes, evita su partida; porque si vá al castillo es perdido.
- BEAT. Basta. (Á Regina ap.) Me acompañarás. Es preciso que le salve y le salvaré.
- GONZ. (Dispuesto á marchar.) Os espero, amigo Marcelo.
- BEAT. (Á Regina.) Corramos: es necesario llegar antes que él.

(Al marcharse es detenida por Blasco y soldados españoles, que se apoderan de ella y la bajan al proscenio)

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, BLASCO y SOLDADOS.

- BLASCO. Alto la gitana: date presa en nombre del rey.
BEAT. ¡Cielos! Oh, dejadme, dejadme.
AND. (Amenazando.) Señor sargento, reparad... (Movimiento entre los italianos.)
BLASCO. Á esta hechicera, á esta infame le espera el suplicio.
ITALS. ¡El suplicio!
GONZ. ¡Qué decis!
BLASCO. ¿Lo ignorais, mi capitan? Pues esta jóven, esta napolitana, ocultándose bajo el disfraz de de bohemia, sirve á la causa de nuestros enemigos, y penetrando en medio de nuestro ejército, nos acecha y nos vende. Esta jóven, mi capitan, es una espia.
-

FINAL.

- TODOS. ¡Una espia!
GONZ. No es posible:
en tan tierno corazon
ni el engaño caber puede,
ni ocultarse la traicion.
SOLDS. (Blasco muestra un pliego.)
Sin embargo, ved...
GONZ. (Despues de leerlo.) ¡Qué miro!
AND. (Con ira reconcentrada.)
¡Capitan!...
GONZ. Sin dilacion,
á esa jóven impostor a
conducid á una prision.
MUJS. Piedad, piedad,
ITALS. (Entre sí.) ¡Venganza!
GONZ. Llevadla: no hay piedad.
ITALS. (Entre sí.) Pues la hora anticipemos
de nuestra libertad.
MARC. Perdida es la infelice.

BEAT. Él á salvarme vá.
AND. (Entre los Italianos.)
Amigos, á las armas;
llegó el momento ya.
BEAT. «Admite esta cruz.»
GONZ. ¡Qué escucho!
BDAT. «Y si has menester de mí,
te prometo cual buen hijo
que sabré morir por tí.»

(Los soldados, á una seña de Blasco, quieren llevar á Beatriz. Todos los italianos se aperciben á la resistencia. Andrea echa mano á su puñal, Marcelo le detiene. Gonzalo al oír sus palabras, repetidas por Beatriz, detiene á los soldados. Animacion en todos.)

GONZ. ¡Es posible!
¡Ella seria
la que un dia
me salvó!

BEAT. (Mostrándole la cruz.)
¡La conoces?

GONZ. Es la mía.
Mal podria
dudar yo.

BEAT. ¡Cielos... ella... una gitana!
Adios, sueños de mi amor.
Mi voz halló en su alma
el eco fiel.

BEAT. La libertad, la vida
deberé á él.

GONZ. Tú mi vida salvaste
en trance cruel.
Lo que ofrecí aquel dia
hoy cumplo fiel.

Parte, parte y que el cielo te guie.
Al momento soltadla.

BLASCO y SOLDS. No, no.

BEAT. ¡Cielos!

MARC. Calma. (Conteniendo á Andrea.)

GONZ. ¡Qué escucho! (Irritado, á los soldados.)

AND. ¡Malvados!

SOLDS. Castiguemos su infame traicion.

MARC. ¡Ah, señor! no es culpable, salvadla.

En tan tierno y leal corazon
ni el engaño caber pudo nunca
ni abrigarse la infame traicion.

ITALIANOS. { Ni el engaño en su pecho se abriga,
ITALIANAS. { ni se oculta la infame traicion.

GONZ. (Sacando á Beatriz de entre los soldados, la adelanta al proscenio y la dice:)

Marchar puedes, Dios lo ordena:
yo te doy la libertad.

Y ya seas un demonio
ó bien mi ángel tutelar,
yo te adoro, hermosa niña:
presa mi alma tienes ya
en la red de tus hechizos,
en tu rostro celestial.

BEAT. Que yo os ame Dios ordena.

Vos me dais la libertad:
de esta huérfana infelice
sois el ángel tutelar.

Vuestra en cambio es mi alma toda;
aceptadla por piedad,
y con vos halle en la tierra
la ventura celestial.

GONZ.

Parte, eres libre.

BEAT.

Adios.

MARC.

Mírala libre al fin. (Á Andrea.)

AND.

Guie el Señor sus pasos.

BEAT.

Ahora me toca á mí.

(Hace Beatriz una seña á Regina para que la siga, y vánse ambas por el fondo, despues de haber lanzado Beatriz una mirada de ternura á Gonzalo, que la sigue con la vista.)

BLASCO y SOLDS.

Se vá la pérvida:
funesto error.
Seremos víctimas
de su traicion.

ITALIANOS. }
ITALIANAS. }
ANDREA. }
MARCELO. }

Dios nuestras súplicas
piadoso oyó.
A puerto llévela
de salvacion.

(Á una seña de Gonzalo los soldados se van por el fondo dando señales de descontento. Gonzalo les sigue. Andrea dá la mano á los napolitanos y pescadores, que expresan su satisfaccion. Mar-

celo vá al fondo para ver á Beatriz. Los italianos alegres se dispersan. Animacion general.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un magnífico salón gótico del Castillo Maldito, estilo rico veneciano, pero deteriorado por el tiempo y el abandono. Al fondo, en el centro, una puerta grande ojiva, que deja ver un terrado con su balaustrada, y á la izquierda de esta una escalera, que figura bajar por la parte exterior del castillo. Se vé en lontananza Nápoles y su golfo, campiña y montañas. Sobre la puerta un retrato de mujer, en traje del siglo XIV, bajo el cual se lee: ELENA, 13 DE SETIEMBRE DE 1347. Á la derecha é izquierda del teatro, y en la pared, grupos de banderas; á los lados de la puerta candelabros, que arrancan de la pared con velas medio gastadas. Un canapé, una mesa y tres ó cuatro sillas góticas. Una chimenea á la derecha; á la izquierda una puerta. Á los lados de la chimenea candelabros con velas como las del fondo. Al levantarse el telón es de noche: la escena está iluminada únicamente por el reflejo de la luna, que dá sobre el terrado y alumbra el panorama exterior. Se oye de cuando en cuando el mugido del viento.

ESCENA PRIMERA.

BOMBARDA, después de un ritornelo, con una linterna en una mano y en la otra una cesta de provisiones. Aparece el primero sobre el terrado, detrás
GONZALO y MARCELO.

TERCETO.

BOMB.	En este lugar maldito tiemblo de horror. ¡Oh, san Sebastian bendito, dáme favor!
GONZ.	¿Andarás con mil demonios?
BOMB.	Con ellos voy á cenar.

GONZ. ¿Dónde está tu valentía?

BOMB. Mudóse de vecindad.

LOS TRES. Es ya media noche,
y el genio infernal
saldrá muy en breve
de su antro fatal.

BOMB. (Con terror.) ¿Vendrá?

GONZ. (En tono de burla.) Vendrá.

MARC. (Con gravedad.) ¡Vendrá!

GONZ. Media noche... Es del amor,
de los goces es la hora;
ven ufana
de la luna al resplandor;
ven á mí, la encantadora
castellana.

BOMB. ¡Ah, no vengas, por favor!
Duerme á pierna suelta ahora,
castellana.

¡Por los clavos del Señor,
vé que el miedo me devora,
ven mañana.

MARC. No jugueis con el rigor
de esa artera encantadora,
que inhumana
hará blanco á su furor
la que vuestro pecho adora
flor temprana.

LOS TRES. Es ya media noche,
y el genio infernal
saldrá muy en breve
de su antro fatal.

HABLADO.

MARC. Estamos en el castillo: ya era ¡tiempo. ¿No es verdad,
mi valiente capitán?

GONZ. Cierto que sí. Hace dos horas que caminamos trepando
por medio de precipicios espantosos, y para descansar,
una escalera interminable.

BOMB. No es cosa mayor: doscientos diez y siete escalones.
Cualquiera diría que veníamos á conferenciar con los

querubines.

MARC. (Yendo al fondo.) Nos hallamos en el punto mas elevado de estas montañas. Ved al frente la hermosa Nápoles y su golfo, á la izquierda el Vesubio.

GONZ. ¿Y en qué parte del castillo estamos?

MARC. En la sala de armas. Mirad: pendientes de estas paredes se ven todavia los célebres estandartes de los antiguos señores de esta comarca; y allí nuestra rasgada bandera napolitana: la que no debe enarbolarse hasta el dia de nuestra independenciam.

GONZ. ¿De veras? ¿Es otra tradicion? Pero hace un frio terrible en este endiablado castillo.

BOMB. ¡No es sangre, sino nieve, la que corre por mis venas! (Estremeciéndose.) ¡Brrr!...

GONZ. Haz lumbre en esa chimenea y prepara la cena sobre esa mesa.

BOMB. Pero, mi capitán, ¿pensais en cenar?

GONZ. ¿Y por qué no, imbécil? Pero, ¿qué haces ahí con la boca abierta?

BOMB. (No he cenado todavia, y ya siento calambres en el estómago.)

GONZ. Creo, amigo Marcelo, que para evitar cualquiera sorpresa, debemos hacer una ronda militar por todo el castillo.

MARC. Como gustéis, mi valiente capitán.

GONZ. (Tomando lá linterna.) Vamos pues: vos me guiareis en este dédalo desconocido.

BOMB. Vamos, y cuanto mas juntitos mejor.

GONZ. ¿Qué es eso? ¿Quién te manda venir?

BOMB. Señor... ¿pues qué quereis que hag a?

GONZ. Que permanezcas aqui.

BOMB. (Temblando.) ¡Aqui!

MARC. Puedes entre tanto encender lumbre.

GONZ. Y cubrir la mesa.

BOMB. (Y morirme de miedo.) ¿Pero me dejais solo, enteramente solo... sin luz?

GONZ. Voto al infierno... Tú, tan valiente sobre el campo de batalla, ¿tendrias ahora miedo?

BOMB. ¿Miedo yo? ¿yo miedo? (Si pudiera tomar las de Villadiego.) Es que... á decir verdad, la mosqueteria, el cañoneo, la metralla, son mi elemento. Pero en hablarme de fantasmas, de duendes y aparecidos, soy hombre

muerto. El corazon hace en mi pecho el oficio de timbalero, las piernas no pueden sostenerme, y... ay, mi capitan... que me caigo... socorredme. (Temblando.)

GONZ. Cobarde, anda con dos mil diablos. Marcelo, en marcha. (Rechaza á Bombarda y salen por la puerta izquierda.)

ESCENA II.

BOMBARDA, momentos despues REGINA.

BOMB. Vaya un modo de sostenerme... Mi capitan... capitan... Ya estan lejos... y me dejan solo... si ahora viniese la fantasma... (Se oye el mugido del viento.) ¿Quién vá? responded... No, no respondais... ¿Qué vá á ser de mí!... Siento un sudor frio... Creo que me pongo malo... Si me escondiese en esta chimenea... feliz ocurrencia... (Regina, entrando por el arco del fondo, avanza lentamente y se presenta delante de Bombarda cuando este se vuelve para dirigirse á la chimenea.)

REG. Aquí estamos todos.

BOMB. ¡Ay... ay... ay! Ya pareció aquello. Creo en Dios padre... Todopoderoso...)

REG. Bombarda...

BOMB. (Retrocediendo.) Huye, no te acerques. De parte de Dios te digo... (Haciendo la señal de la cruz.)

REG. Pichoncito mio, yo soy... tu Regina.

BOMB. *Fúgite*... Ya te conozco; eres doña Elena, tienes trescientos años.

REG. No, tórtolo amado.

BOMB. Habitas el infierno.

REG. Vuelve en tí, mirlo de mi alma.

BOMB. Si, sí, lechuza de mi vida. (Pues no es poco aficionada á las aves, que digamos.)

REG. ¿Al fin reconoces á tu adorada Regina?

BOMB. Aparta, soy inflexible... no me seduces. Yo no te amo, te detesto.

REG. ¿Tendrias el corazon tan duro?

BOMB. Como un guijarro.

REG. Cuando el mio te adora... cuando late por tí, solo por tí... ¿Oyes sus latidos? Tic, tac, tic, tac.

BOMB. Ni por esas... tus ojos centellean.

REG. ¿Deliras?

- BOMB. Veo tus largas uñas...
- REG. Por Dios, no disparates.
- BOMB. Y apuesto á que tienes rabo... ¿cuánto vá que lo tienes?
- REG. Eres un animal.
- BOMB. Y tú una bruja, satélite del demonio...
- REG. (Sonriéndose.) Estás chistoso.
- BOMB. Ay, qué sonrisa... El diablo me tienta... ¿cuánto apostamos á que soy hombre al agua?
- REG. ¿Qué haria yo para convencerte? ¿No me pedias esta mañana un abrazo? Pues bien, yo te le doy.
- BOMB. ¿De veras?
- REG. Como lo oyes.
- BOMB. (¡Y qué hermosa es!)
- REG. (Con los brazos abiertos.) ¿Te decides?
- BOMB. El espíritu infernal se vá apoderando de mí... siento tentaciones de abrazarla...
- REG. ¿Cómo podrias resistir?... Llega, ven...
- BOMB. (Vá á abrazarla y retrocede espantado.) No, no : yo soy insensible... No quiero escucharte...
- REG. (Siguiéndole.) Me escucharás.
- BOMB. (Huyendo siempre.) No te amo.
- REG. Tú me adorarás.
- BOMB. Déjame, véte, apártate.—No quiero las caricias de Satanás.
- REG. ¿Con que yo soy Satanás?
- BOMB. Sí.
- REG. ¿Y no quieres mis caricias?
- BOMB. No.
- REG. ¿Es decir que me desprecias?
- BOMB. Sí.
- REG. ¿Y nada hay ya entre los dos?
- BOMB. No.
- REG. Pues bien, ya que estás resuelto, quiero que conserves un recuerdo de Satanás, y para ello recibe este dulcísimo beso. (Le dá un fuerte bofetón, y mientras Bombarda cae en una silla aterrado huye por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

BOMBARDA, GONZALO y MARCELO.

- BOMB. ¡Perdon, perdon... señora fantasma... socorro!...

- GONZ. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?
- BOMB. ¡Socorro!... No te acerques... huye, Satanás.
- MARC. Pero, ¿qué dices? Somos nosotros.
- BOMB. ¿De veras?... ¿Sois?...
- GONZ. Tu capitán.
- BOMB. ¿Mi capitán?... ¡Oh, si hubieseis llegado un momento antes... Regina... no, no: el diablo con faldas... echando chispas por los ojos... con unos cuernos enormes... y una boca que le daba dos vueltas alrededor de la cabeza...
- GONZ. (Á Marcelo.) ¿Habeis visto un embustero igual?
- BOMB. Ha querido abrazarme... yo me he resistido, y zas... me ha soplado lo que se llama un beso de grueso calibre.
- MARC. ¿Un beso? ¡Vaya, pues no es tan desagradable la aventura!
- BOMB. Es que ha sido un beso á puño cerrado, que me ha dejado la mejilla mas caliente que una fragua.
- GONZ. El miedo te ha trastornado la razon. Mejor hubieras hecho en preparar la cena.
- BOMB. ¿Tenia luz acaso?
- GONZ. Acabemos: enciende esos candelabros. Parece que los han dispuesto para nuestra recepcion. (Bombarda enciende las velas de los candelabros, cubre la mesa y hace lumbre en la chimenea, siempre mirando con terror á todos lados y manifestando el miedo que le domina.) (P asemos el tiempo hasta que amanezca, y entonces encontraré algun medio de alejar á Marcelo y leeré el pliego.)
- MARC. (¿Cuál será el plan del duque de Arcos, nuestro virey? ¿Será este oficial el portador de las instrucciones? Tratemos de averiguar...)
- GONZ. (Mirando el retrato del fondo, alumbrado por las velas que Bombarda acaba de encender.) Colosal retrato: es de una dama del siglo catorce.
- MARC. Estais frente á frente de la fatal señora de este castillo. Leed esa inscripcion: «Elena: trece de setiembre de mil trescientos cuarenta y siete.»
- BOMB. Muy señora mia.
- GONZ. Precisamente cumplen hoy trescientos años. Veo al fin á la famosa castellana de vuestra balada, mi buen Marcelo. Y ahora comprendo por qué esta dama se apodera de las facciones de otras para seducir mas fácilmente á

- los incautos.
- MARC. Cualquiera que os oyese creeria que habiais venido aqui guiado únicamente por la curiosidad.
- GONZ. ¿Y qué otro motivo suponeis en mí?
- MARC. ¡Quién sabe... puede haber tantos!... La temeridad natural del carácter español... la obediencia pasiva que rige en vuestros ejércitos... una orden... una mision secreta... acaso una cita...
- GONZ. (Este sospecha... Vayamos con tiento.)
- MARC. Todo esto podria ser.
- GONZ. (Sospecha, no hay duda.) Pues bien, si, amigo Marcelo: he venido esta noche aqui por ver á una persona.
- MARC. ¿Podré preguntaros sin ser indiscreto?...
- GONZ. ¿Quién es esa persona? No hay inconveniente en decíroslo: es mi bella misteriosa. Y si cuanto me habeis narrado es cierto, la veré esta misma noche, porque voy á hacer todo lo posible para conseguirlo.
- BOMB. (¡Otra vez!... Mi amo está dejado de la mano de Dios.)
- MARC. Perdonad, señor capitan; pero yo no puedo creer...
- GONZ. Vais á verlo muy pronto. ¡Bombarda!
- BOMB. ¿Mi capitan?
- GONZ. Pon tres cubiertos en la mesa.
- BOMB. ¿Tres cubiertos? Perdonad, mi capitan; pero no pondré sino dos.
- GONZ. ¿Qué dices?
- BOMB. Pues no faltaba mas... no, señor, no: ni por pienso. No se hizo la miel para la boca del asno.
- GONZ. Pero hombre...
- BOMB. Y cada oveja con su pareja.
- GONZ. ¿Cuánto vá que te rompo la cabeza?
- BOMB. Ese seria demasiado honor para mí.
- GONZ. Bribon, ¿estás burlándote?
- BOMB. Líbreme Dios. Pero, ¿cómo quereis, mi capitan, que yo tome asiento en la misma mesa?...
- MARC. Está graciosa la equivocacion...
- GONZ. ¿Y quién te ha dicho, miserable, que el tercer cubierto es para tí? Estoy por cortarte las orejas.
- BOMB. No estoy por tal cosa, señor. ¿Con que entonces habrá un convidado?
- MARC. Ó convidada.
- BOMB. Ah ¡ya. Y esa convidada...
- GONZ. Es Elena, cuyo retrato ves allí.

- BOMB. ¡¡Misericordia!!
GONZ. Si es que tan amable señora se digna aceptar nuestra modesta cena.
BOMB. (Yo me pongo malo...)
GONZ. (Á Bombarda alzando la voz.) Vamos listo.
BOMB. (Asustado deja caer un plato, que se rompe.) ¡Ay!
GONZ. Tú tienes el diablo en el cuerpo.
BOMB. No será extraño, mi capitan, que se me haya metido por alguna parte.
GONZ. Vereis, amigo Marcelo, si la recibo dignamente y con toda la galanteria española.
MARC. Lo veremos, mi valiente oficial.
GONZ. Parece que lo dudais...
MARC. Pues lo quereis, cenemos. (Se sientan á la mesa.)
GONZ. Y reine el buen humor. Los amantes de Elena serian alegres, seámoslo nosotros. Entonarían báquicos cantares, cantemos tambien. Comenzad, que yo y Bombarda haremos el coro.
BOMB. Voy á desentonar, de fijo.
MARC. Con mucho gusto.

CANTO.

Hermosa desposada,
escúchame y no llores:
tu llanto es la rosada
que está sobre las flores.
Bella eres cuando el dia
nos dá el primer albor;
mas bella todavia
al pálido fulgor
de la luna
que importuna
presenciar quiere tu amor.

—
Rubia ó morena,
¿á qué escoger?
El rey del mundo
es el placer.

—

GONZ.
MARC.
BOMB.

}

Rubia ó morena,
¿á qué escoger?

El rey del mundo
es el placer.

MARC.

Si adoracion recibes
en sueño de ventura,
¿por qué tan solo vives
lo que la noche dura?
Pues breves los amores
cual nuestra vida son,
cubrámosles de flores,
y alegre el corazon
amor mienta,
mas no sienta
el dogal de esta pasion.
Rubia ó morena,
¿á qué escoger?
el rey del mundo
es el placer.

GONZ.
MARC.
BOMB.

}

Rubia ó morena, etc.

HABLADO.

GONZ.

Ya veis, mi buen Marcelo; á pesar de nuestras cancio-
nes solo se deja oír aquí el eco de nuestras voces.

MARC.

No ha sonado todavía la media noche.

GONZ.

En ese caso es necesario evocar la fantasma: que aban-
done por breves momentos el sombrío reino; y que,
apareciendo entre nosotros de repente, nos diga: «héme
aquí.» (Al mismo instante de terminar estas palabras se oye un
tiro cercano.)

BOMB.

¡Santa Bárbara!

GONZ.

(Levantándose.) Un tiro...

BOMB.

¿Un tiro? Esto es otra cosa.

GONZ.

Si fuese una sorpresa...

BOMB.

Ya soy otro hombre, mi capitán. (Tomando una pistola.)
Permaneced tranquilos, que yo salgo de descubierta.
(Váse precipitado por la derecha con la linterna.)

ESCENA IV.

GÓNZALO y MARCELO.

GONZ. ¿Qué quiere decir esto, Marcelo?

MARC. ¿Y vos me lo preguntais? ¿No recordais la tradicion? Hay cosas fatales, que no sabe uno explicar, pero que suceden. Quizá ese tiro acaba de herir á la mujer que amais...

GONZ. ¿Seria posible! ¡B+atriz muerta!... Oh, no... eso no es cierto. (Dudando.) (Este diablo con su sangre fria y sus baladas es capaz de hacer dudar...)

MARC. ¿No os decia yo que concluiriais por dar crédito á mis palabras?

GONZ. ¿Yo? ¿Estais loco? Para que veais el caso que hago de ellas, mirad. (Toma una copa y dirigiéndose al retrato de Elena:)

CANTO.

Hermosa Elena,
brindo por tí,
por tus amores,
niña gentil.
Tú, que otro tiempo
viviste aqui,
hoy toma parte
en mi festin.

Ven, fatal castellana,
que huyes del sol,
ven, y muéstrate ufana
á un español.

Si te pareces
al serafin
á quien adoro
con frenesí,
llena mi copa
de tu elixir;

quiero, al beberlo,
brindar por tí.

Ven, fatal castellana,
que huyes del sol;
ven, y muéstrate ufana
á un español.

(El reloj dá las doce: al sonar la última campanada un golpe de viento apaga las luces del fondo. Aparece en el terrado Beatriz, vestida de Blanco, cubierta con un largo velo del mismo color y trayendo en la mano una jarra de oro.)

ESCENA V.

HABLADO.

MARC. ¡Es Elena la maldita! ¡Huid, huid! (Desaparece por la puerta de la derecha.)

GONZ. ¡Jamás! (Gonzalo avanza hácia Beatriz, que se detiene al fondo del teatro, y le presenta con resolucion la copa vacia. Beatriz la llena de la jarra. Gonzalo la apura, arroja la copa al suelo y hace señas á Beatriz para que avance.)

BEAT. Aquí me tienes, Gonzalo: acudo á tu llamamiento. La voz del que me amaba en la tierra ha descendido á la mansion del dolor, donde la esperanza ¡ay de mí! se encierra bajo la tumba y es el único bien del desgraciado.

GONZ. ¿Y me dirás quién eres, misteriosa vision?

BEAT. (Alzando el velo.) Mira...

GONZ. ¡Cielos... ella!!

DUO.

BEAT. Cruzaba de la vida
el áspero camino
sin pena ni dolor;
mas fuí de amor herida
lanzándome el destino
el dardo matador.
Hallé un hombre á morir condenado;
la vida le dí.

- Él, en cambio, la muerte me ha dado:
¡cuán crédula fuí!
- GONZ. Tambien yo de la vida
cruzando iba el camino,
buscando á mi valor
la empresa apetecida,
que encuentra de contino
quien lidia con honor.
Me salvaste, mi bien adorado:
de entonces sentí
que mi pecho, de amor abrasado,
respira por tí.
- BEAT. Y sin embargo dásme la muerte.
- GONZ. ¡Será posible!
- BEAT. ¡Tal fué mi suerte!
- GONZ. Si ya no existes venga el castigo.
- BEAT. Y bien, ¿qué intentas?
- GONZ. ¡Morir contigo!
Si amor en la tierra
unirnos debió,
del mundo salgamos
unidos los dos.
Los ángeles aman
al sumo Hacedor:
tambien en el cielo
se encuentra el amor.
- BEAT. Amor en la tierra
á entrambos unió:
unidos vayamos
á un mundo mejor.
Tambien allí arriba
imperera el amor:
amarnos ordena
el sumo Hacedor.
-
- GONZ. { Si amor en la tierra, etc.
BEAT. { Amor en la tierra, etc.
-
- GONZ. Ven, llega á mis brazos, divina vision,
verás cómo late mi pecho por tí.
- BEAT. Soy solo una sombra.
- GONZ. ¿Por qué mi razon

- BEAT. se ofusca? ¿Qué es esto que pasa por mí?
Si en dulce vínculo
indisoluble
nuestras dos ánimas
juntas estan,
allá en la angélica
feliz morada
de amor benéfico
disfrutarán.
- GONZ. Tu acento mágico
me predomina:
tus ojos cáusanme
dichoso afan.
De aquí alejémenos,
que nuestras almas
en el empíreo
se juntarán.

HABLADO.

- BEAT. Pues bien, sígueme: todavía es tiempo. Salgamos de esta mansion maldita, donde la desgracia bate sus alas sobre tu cabeza. Si me amas, obedéceme.
- GONZ. Te obedezco... Partamos... (Marcando la confusion de sus ideas.) Quiero seguirte hasta la tumba... Pero ¿qué fascinacion se apodera de mí?... Las fuerzas me abandonan...
- BEAT. (El narcótico hace su efecto. Pero ¡qué rumor es ese!... Oigo pasos... ¡Dios mio! ¿seria demasiado tarde?)
- GONZ. Ven, sombra de mi adorada... Soy tuyo en la muerte como en la vida.
- BEAT. (Al fondo, escuchando con la mayor ansiedad.) Callad, callad por Dios.—Se acercan: es perdido...

CORO DENTRO.

En medio de las sombras
se oculta la traicion.
A Nápoles libremos
del pérfido op resor.

Venganza, hermanos :
no haya perdon.
Muera el espia,
muera el traidor.

- BEAT. ¡Ah! ya no es tiempo... (Con desesperacion.)
GONZ. ¡Qué voces infernales! ¿Qué es todo esto que me rodea?... ¿Seré víctima de una infame traicion? (Quiere andar, pero titubea y se deja caer sobre un sillón.) Y la orden que no he cumplido... ¿Dónde está el pliego!... (Le busca en sus bolsillos.) Aquí está... Leamos... Pero no veo... Un denso velo cubre mis ojos...
BEAT. ¡Qué hace!... ¡Ese pliego!...
GONZ. ¡Piedad... Dios mio! (Deja caer el papel.)
BEAT. ¡Oh! Veamos... (Alzando el papel y leyendo.) «En el castillo maldito, y en su gran patio, en el centro hay una losa...
GONZ. Traicion, traicion... Dios mio, dadme fuerzas... Estoy perdido... Ese pliego que debia cumplir... Vá en ello mi honor... Quizá la victoria de nuestras armas... Si es cierto que me amas... ¡Ah! (Quiere levantarse, vuelve á caer en el sillón y queda dormido.)
BEAT. «Hay una losa, (Leyendo precipitadamente.) levantadla : dá entrada á un camino subterráneo : entrad en él y os conducirá hasta el barranco que está al pié del castillo. A su término hallareis otra losa que, empujándola hacia fuera, cederá con facilidad. Ejecutad esta orden á la una en punto de la noche: nuestras tropas esperarán en el barranco...» ¡Ah! mis hermanos eran perdidos, pero este infortunado... Procuremos salvarle. (Se acerca á un candelabro y quema el papel. Marcelo viene precipitadamente.)

ESCENA VI.

DICHOS, MARCELO, luego BOMBARDA.

- MARC. Beatriz, Beatriz...
BEAT. Mirad, he cumplido mi promesa. Nada ha visto; nada ha podido ver: se ha salvado.
MARC. Al contrario; se ha perdido.
BEAT. ¡Qué decís!
MARC. Nuestros hermanos han decretado su muerte.

- BEAT. ¡Gran Dios! ¡Su muerte!
BOMB. ¿Su muerte?... (Saliendo.) ¿Qué es eso? ¿La muerte de mi capitán?... Allá lo veremos : y á mal dar moriremos juntos.
- MARC. Calla... Ya se acercan. (A Bombarda y mirando hacia adentro.)
- BOMB. Arriba, mi capitán: despertad, que aquí estoy yo. Probemos cuánto valen los españoles. (Desenvainando la espada.)
- BEAT. Callad, en nombre del cielo.
- BOMB. Pero ¿qué es esto? ¡Está muerto! ¿Duerme acaso? ¡Ah! la maldita bruja... Pues bien, aunque tenga que luchar con todos los diablos, aquí los espero. Yo defenderé la vida de mi amo.
- MARC. Ya llegan. (Desde el fondo.)
- BEAT. La resistencia sería inútil. ¿Quereis salvarle?
- BOMB. A costa de mi vida.
- BEAT. Pues no os defendais.
- BOMB. Me jurais si obedezco...
- BEAT. Os juro que le salvaré.

ESCENA VII.

DICHOS, ANDREA, NAPOLITANOS y NAPOLITANAS.

CORO.

En medio de las sombras
se oculta la traicion.
A Nápoles libremos
del pérfido opresor.

Venganza, hermanos:
no haya perdon.
Muera el espia,
muera el traidor.

BEAT. Compasion del inocente, (Á Andrea.)
su existencia respetad.

AND. Muera al punto.

BEAT. Ved que duerme,
y es cobarde...

AND. No haya piedad.

BOMB. Vive Cristo... (Queriendo desenvainar.)

MARC. No resistas. (Bajo á Bombarda.)

BEAT. Si á un dormido asesináis
de valientes no dais pruebas
y al oprobio os condenáis.

MUJS. Salvad la vida del desgraciado,
si á vuestros hijos quereis salvar.

AND. Pedís en vano: antes que todo
de nuestra patria la libertad.

(Se arrodillan todas menos Beatriz.)

BEAT. y MUJS. Piedad del desgraciado:
su vida respetad.

Quien duerme tan tranquilo
no encubre la maldad.

MARC. Terrible riesgo corre
el bravo capitan.

Hermanos, no es de buenos
á un muerto asesinar.

BOMB. Santiago y cierra España.
Ya es hora de lidiar. (Desenvaina.)

Matando moriremos:
al arma, capitan.

AND. y HOMBS. Morir debe el malvado,
en vano suplicáis.

Primero que su vida
es nuestra libertad.

(Los Napolitanos, armados de puñales, hachas y espadas, quieren lanzarse sobre Gonzalo y Bombarda. Beatriz les defiende. Las mujeres se arrastran de rodillas interponiéndose entre los primeros y Gonzalo. Marcelo escuda á Bombarda, que se prepara á la defensa. Cuadro general. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la plataforma del castillo, cerrada al fondo por las murallas. Sobre estas, á derecha é izquierda, dos torreones. Al frente, en lontananza, montañas y parte del golfo de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, MARCELO, HOMBRES y MUJERES napolitanos. Al levantarse el telon principia á amanecer. La orquesta tocará un preludeo pianísimo, durante el cual hablarán Beatriz y Marcelo. Los demas, en grupos, permanecen al fondo, y algunos asomados á la muralla.

BEAT. Y bien, Marcelo, ¿habeis podido averiguar las intenciones de Andrea acerca de la suerte que espera al prisionero?

MARC. Ya conoces, hija mia, su extremada reserva. Nada he podido saber de él. Pero su carácter obstinado, su exaltado patriotismo, me hacen temblar por la vida de Gonzalo.

BEAT. ¡Dios mio!

MARC. Sin embargo, no desesperemos. Los españoles estan al pie de estas murallas: con ellos fraterniza en Nápoles Masaniello, distinguido por el duque de Arcos, y todo en la ciudad son fiestas y regocijo. Solo en este arruinado castillo alza su estandarte la rebelion.

BEAT. No me abandoneis, y procuremos entre los dos salvar á...

MARC. Nos acechan: disimulemos. Ea, amigos, principia el dia: nuestros enemigos nos observan. Probémosles que, lejos de temerles, confiamos en el triunfo de nuestra buena causa. Lindas muchachas, gallardos jóvenes, saludad al nuevo sol con vuestros cantares; y que al asomar por encima de aquellos montes, vea el contraste que ofrece la gravedad de nuestros sitiadores con la alegría de vuestras danzas. ¡Á bailar, amigos míos!

TODOS. Á bailar. (Se colocan á derecha é izquierda del escenario. En el centro las parejas de baile: principia la danza.)

CORO.

HOMB. Acudid, hermosas niñas,
que la danza empieza ya:
reine en torno de nosotros
el placer y la amistad.
Salta, trisca, niña bella,
que te mira tu galan,
y pendiente de ese garbo
llevas tú su libertad.

MUJ. Ya, mancebos, vuestras bellas
os invitan á danzar:
á sus talles delicados
vuestros brazos enlazad.
No deis tregua á la alegría,
mis amigos, á bailar,
que la alegre tarantela
es la danza sin igual.

ESCENA II.

DICHOS y ANDREA.

AND. Cesad en vuestras danzas y canciones.
Por un desventurado,
á morir condenado,
al cielo dirigid las oraciones.

MUJ. ¡Qué mal hacernos pudo
el mísero español?
Matar á un inocenté

repugna al corazón.
HOMBS. Espia nuestros pasos
con pérdida intencion.
Pues él lo quiso, debe
morir sin dilacion.
BEAT. ¡Dios poderoso,
tened piedad!
UNA MUJER. ¡Sé generoso. (Á Andrea.)
AND. Rezad, rezad.
(Hombres y mujeres se arrodillan y cantan.)
TODOS. Purísima Señora,
del cielo Emperatriz,
escucha nuestras súplicas,
piedad del infeliz.
Del desvalido eres
amparo y proteccion.
Del español apiádate,
alcance su perdon.
Del desdichado
ten compasion.

HABLADO.

AND. Ahora, amigos míos, retiraos. Vosotros preparad vuestras armas, y estad prontos á la primera señal. (Vánse hombres y mujeres por ambos lados.)

ESCENA III.

BEATRIZ, ANDREA y MARCELO.

AND. Y bien, Marcelo, ¿qué nuevas me traes de la ciudad?
MARC. Merced al conocimiento que tengo de estas montañas y sus barrancos, conseguí, en medio de la oscuridad de la noche, cruzar sin ser visto por medio de los españoles que nos cercan. Llegué á Nápoles: esperé á la puerta de Pórtici, y al regresar á la ciudad una de sus guardias exteriores, gracias á mi mandola, entré con los españoles y allí me dieron cuantas noticias pude apetecer. La confianza ha renacido en Nápoles: Masaniello, nombrado capitán general, es la esperanza del pueblo. Gracias á

nuestro valiente pescador, los impuestos han sido abolidos; y el Duque de Arcos, virey de España, es victorioso al par que Masaniello. La insurreccion ha desaparecido y solo existe en este arruinado castillo.

AND. Y aqui existirá hasta que nuestros hermanos despierten del letargo en que estan sumergidos. ¿Qué garantías han dado el duque de Arcos y el famoso cardenal Filomarino, para que asi confien en sus falaces promesas nuestros imprudentes hermanos? Hoy es aplaudido Masaniello; le colman de presentes y distinciones, porque el pueblo está armado y cuenta mas de cien mil combatientes: pero mañana, la credulidad, el cansancio les quitarán las armas de la mano, y entonces, ¡ay de Masaniello! ¡ay de nuestra libertad!

BEAT. ¿Y por qué pensar tan tristemente? ¿Por qué no ha de haber llegado el dia de la regeneracion napolitana?

AND. Porque nuestros enemigos son poderosos, y no soltarán fácilmente su presa. Ceden por el momento á la fuerza de un pueblo sublevado, que invoca el cumplimiento de derechos incuestionables. Pero Felipe IV y sus lugartenientes no nos perdonarán jamás.

BEAT. ¿Quién sabe? No alimenteis tan lúgubres ideas... Y respecto al prisionero...

AND. Su sentencia es irrevocable: le quedan pocos instantes de vida.

BEAT. ¡Qué decis! (¡Dios mio!)

MARC. Piénsalo bien, Andrea. La sangre de ese inocente puede caer sobre nuestras cabezas.

AND. Nada temo.

MARC. Este débil castillo encierra mujeres y niños que pueden servir de pasto á la venganza de los españoles.

AND. Si han de ser esclavos, prefiero que mueran.

BEAT. ¡Oh, eso es horrible!

MARC. Masaniello mismo reprobará...

AND. Masaniello mandará en Nápoles; yo mando en este castillo; y mientras me sigan los valientes que han venido á encerrarse conmigo, la verdadera emancipacion tremolará su estandarte sobre estos muros. Si á nuestra voz acuden los hermanos, habremos salvado nuestro pais; si somos abandonados, moriremos con gloria.

MARC. No obstante...

AND. Basta, Marcelo; perdemos un tiempo precioso que ne-

cesitamos para aprestarnos á la lucha. Beatriz, sígueme.

ESCENA IV.

MARCELO solo: momentos despues sale GONZALO, seguido de dos sublevados armados.

- MARC. No hay remedio, es preciso aprovechar los instantes. Procuremos salvar al capitan Gonzalo. Pero él se acerca. ¡Pobre jóven! (Se retira al fondo.)
- GONZ. (Saliendo pensativo.) ¡Qué espantoso sueño! apenas puedo coordinar mis ideas. Un velo espesísimo parece oscurecer mi pensamiento... En vano procuro recordar... Vine á este castillo... ¿Cuándo? ¿Á qué?... Lo ignoro, y sin embargo...
- MARC. Señor capitan... (Acercándose con precipitacion y reserva.)
- GONZ. ¿Quién me llama? Ah... sois vos... Marcelo... ¿Todavía aqui?
- MARC. No malgastemos estos instantes; dentro de una hora debéis morir: antes de esa hora es preciso que os salve, á vos, que sois la gloria del ejército; y al mismo tiempo quiero asegurar la paz de este pobre pais.
- GONZ. ¿Qué decis? ¿Será la verdad ó un nuevo lazo que me tendéis?
- MARC. ¡Ah! vos no comprendéis, no podeis comprender el interés que me inspirais...
- GONZ. ¡Yo!... un extranjero... un enemigo de vuestro pais, como decis vosotros, ¿qué interés puede inspiraros? ¿Puedo daros el nombre de amigo?
- MARC. Si no lo fuera ¿me hubiese unido á vos desde hace tres dias como si fuese vuestra sombra? ¿Os hubiese aconsejado ayer que no vinieseis á este fatal castillo; y no pudiendo disuadiros, os hubiese guiado á través de los peligros que os amenazaban y conjurado cien puñales levantados anoche contra vos? Habeis creído, sin duda, que solo el entusiasmo del bardo, una mera simpatia me acercaban á vos... Os habeis engañado.
- GONZ. ¿Pues qué otro motivo?... No comprendo...
- MARC. Escuchad. No soy italiano. Español como vos, he nacido bajo el ardiente sol de la hermosa Andalucia. Locuras de mi juventud me alejaron de mi pais natal, y en

estas playas encontré una segunda patria. Mendigando al principio mi sustento, mi mandola y mis baladas me abrieron depues todas las puertas; y algunos años transcurridos todos me llamaban ya el bardo napolitano. Perdí uno tras otro á toda mi familia: entonces díjeme: «la patria del poeta es el universo,» y creí que habia olvidado la mia; pero me engañaba.

GONZ. (Con mucho interés.) Seguid, seguid.

MARC. Llegó un dia en que tremolaron sobre estas montañas las banderas españolas; en que los gritos de «Viva España,» se confundieron en estas playas con el mugido de las olas: entonces mi corazon latió de alegría y de entusiasmo. Mis hermanos estaban allí... Desde aquel momento mi único afan ha sido favorecer la causa de mis compatriotas, y al mismo tiempo la de este suelo, que en otros dias enjugó mis lágrimas y me concedió generosa hospitalidad. Para ver terminada mi obra resta solo la sumision de estos obcecados. Preparado por mí y algunos de mis amigos un movimiento en favor de España, y de acuerdo con Masaniello, estaba á punto de estallar. Una señal convenida con el duque de Arcos, el cumplimiento de una órden secreta debian facilitar la entrada en este castillo. Esta órden, capitan, sin duda alguna, vos debiais cumplirla. Yo lo sabia por mas que procurasteis ocultarlo.

GONZ. (Coordinando sus deseos.) ¡Oh! ¡Qué recuerdo!

MARC. Aprovechemos estos instantes: confiad en mí. Os juro por la salvacion de mi alma que es cierto cuanto acabo de revelaros. La mano que os ofrezco es la de un amigo. (Tendiéndosela.)

GONZ. (Estrechándola.) ¡Si, si! os creo y acepto vuestra amistad.

MARC. Pues bien, confiadme ese secreto, esa órden que recibisteis del duque de Arcos, y antes de una hora sereis libre.

GONZ. Esa órden... ignoro cuál es.

MARC. ¡Qué decis!

GONZ. ¡Ah!... voy recordando... Un pliego que debia abrir aqui .. una órden que debia cumplir... Me fué arrebatado... Si... ¿Por quién? Oh, lo recuerdo. Aquella sombra... aquella vision fantástica...

MARC. (¡Cielos!... ella... ¡Ah!... que él lo ignore)

- GONZ.** Era la sombra de Beatriz... ¿Pero fué un sueño ó una realidad?
- MARC.** (Corramos en su busca: ella sola puede salvarle. ¿Pero será todavía tiempo?) Adios, mi capitán. (Váse precipitado por la derecha.)

ESCENA V.

GONZALO, luego **BOMBARDA** por la izquierda.

- GONZ.** ¡Pobre Marcelo! ¡Cuánto se interesa en mi suerte! Pero todo es inútil: mi muerte es inevitable. ¡Morir!... Si al menos fuera en el campo de batalla, moriría con gloria. Pero el cielo me niega esta gracia: resignémonos á sus altos juicios.

CANTO.

Adios, patria querida,
hermosa España donde nací;
mi triste despedida,
mi adios postrero llegue hasta tí.
En breve, madre mia,
¡cuánto mi muerte vas á llorar!
La suerte, hoy tan impia,
tu amargo llanto quiera enjugar.

Lanzóme un día
bélico ardor
á los combates
de gloria en pos,
sordo á tu tierna
doliente voz,
madre querida
del corazón.
Hoy para tu hijo
todo acabó;
hoy muero á manos
de la traición.
Madre del alma,
no llores, no,

que allá en el cielo
té espero yo.

Adios, patria querida,
hermosa España donde nací, etc.

HABLADO.

- BOMB. (Saliendo.) Canalla, gente ruin... ¡Voto al infierno!...
- GONZ. Bombarda...
- BOMB. ¡Es una infamia, una injusticia que clama al cielo!
- GONZ. ¿Pero qué es ello, qué sucede?
- BOMB. ¿Qué sucede? ¡Que esos bribones no quieren fusilarme!
- GONZ. ¡Cómo fusilarte!
- BOMB. Claro es: con vos.
- GONZ. ¿Tú quieres morir?...
- BOMB. ¿Y por qué no? La jornada es larga, y haciéndola los dos juntos nos parecerá menos pesada.
- GONZ. ¡Pobre Bombarda, quieres morir! ¿Y qué será entonces de tu anciano padre?
- BOMB. ¡Mi padre!... El pobre viejo llorará, de fijo; pero dirá «ha hecho bien; debia morir, y ha muerto.»
- GONZ. No, no; tú debes vivir: te necesito.
- BOMB. Pero...
- GONZ. Ni una palabra mas. ¿Qué dinero llevas en el cinto?
- BOMB. Unos quinientos escudos en oro.
- GONZ. Los llevarás de mi parte á tu padre.
- BOMB. Gracias, mi capitán. ¡Pobre padre mio!
- GONZ. Enhorabuena. Tú le amas, y no querrás dejarle en la desesperacion. ¿No es cierto?
- BOMB. Al contrario: ahora será rico y no me necesitará. Pues van á mataros, yo encontraré el medio de reunirme á vos.
- GONZ. (Enternecido.) Basta, basta. Tú no me has desobedecido jamás.
- BOMB. ¡Oh, nunca! ¡Pues no faltaba otra cosa!
- GONZ. Tienes que hacerme el último servicio. Escucha: dejo en el mundo una santa mujer, á la que amo con todo mi corazón.
- BOMB. Si, mi capitán, comprendo: alguna...
- GONZ. Mi madre.

- BOMB. ¡Ah, pensaba!...
- GONZ. Le llevarás una carta: mi último adios.
- BOMB. Bien, mi capitán.
- GONZ. Y me reemplazarás á su lado. Le dirás que al morir solo tengo un sentimiento: el de no darle el postrer abrazo.
- BOMB. ¡Ea, capitán, me haceis llorar como á un niño!
- GONZ. Para morir tranquilo necesito la seguridad de que me obedecerás. Tú me lo juras, ¿no es cierto?
- BOMB. Os lo juro por la salvacion de mi alma.

ESCENA VI.

DICHOS y BEATRIZ.

- BEAT. ¡Gonzalo!
- GONZ. ¡Vos aquí!
- BEAT. Vengo á salvaros.
- GONZ. ¡Á salvarme!
- BOMB. Eso es otra cosa Veamos.
- BEAT. Si, mi amor, mi anhelo por libraros de la muerte os entregaron á mis implacables hermanos; pues bien, yo quiero devolveros la libertad, ó morir con vos si no lo consigo.
- GONZ. No te comprendo.
- BEAT. Habeis venido á este castillo obedeciendo una órden secreta.
- GONZ. (Con ansiedad.) Es cierto.
- BEAT. Yo sabia que vuestra venida aqui podria costaros la vida...
- GONZ. Prosigue.
- BEAT. Marcelo y yo quisimos salvaros; pero en vano. Cumplisteis con vuestro deber. Para sacaros de esta maldita morada recurrí á la ficcion.
- GONZ. Si, te presentaste como una sombra y luego... Ah, todo lo comprendo: aquel licor...
- BEAT. Era un narcótico. Queriamos, durante vuestro sueño, arrancaros de aqui. ¡Mis hermanos habian decretado vuestra muerte.
- BOMB. Pero qué diablos... No entiendo una palabra.
- GONZ. ¡Ah, qué hiciste!... Y aquel pliego...
- BEAT. Os mandaba facilitar la entrada en este castillo á vuestras tropas apostadas cerca de él. Os descubria una

puerta secreta, y á la una en punto debiais ejecutar la órden.

GONZ. Y tú lo has impedido, miserable...

BEAT. Por piedad...

GONZ. Déjame, mujer fatal. En mal hora te cruzaste en mi camino. ¿Para qué salvaste mi vida, si mas tarde habias de arrebatarme el honor?

BEAT. Despreciadme, maldecidme, pero escuchad. No perdamos estos instantes: cada uno que pasa aumenta el peligro. Yo puedo evitarla... Puedo á mi vez frustrar el encono de vuestros enemigos.

GONZ. ¿Me devolverás el honor?

BEAT. Declararé la verdad á vuestros jefes.

GONZ. ¿Entregarás este castillo?

BEAT. Eso jamás.

GONZ. Entonces déjame: quiero morir en paz.

BOMB. ¡Voto al caballo de mi patron Santiago!

BEAT. Dios mio... Gonzalo, por cuanto ameis en el mundo...

GONZ. ¡Madre mia!

BEAT. Si, si: por vuestra madre que os ama, que os adora, que vive por vos, que morirá en la desesperacion si llegais á faltarle...

GONZ. Es cierto... no podrá sobrevivir á mi desgracia... ¿Qué hacer?

BEAT. Cedeis á mis ruegos: vuestra madre os decide...

GONZ. (Enternecido.) ¡Madre del alma!..

BEAT. (Oh, gracias, Dios mio: voy á salvarle.)

BOMB. (En tono de súplica.) Mi capitán...

GONZ. ¡Ah! Soy un soldado... Debo morir y moriré.

BEAT. ¡Gonzalo, Gonzalo! por compasion...

GONZ. (Á Beatriz y Bombarda.) No, dejadme...

BEAT. Vedme á vuestros pies, implorando vuestra clemencia...

BOMB. (Alzando las manos al cielo.) Señor, compadeceos de nosotros.

GONZ. Levanta: suplicas en vano.

BEAT. Pues bien, entonces moriremos á un tiempo.

GONZ. ¡Cómo!

BEAT. Cúmplase el destino de entrambos. Adios, Gonzalo: hasta la eternidad. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

GONZALO, BOMBARDA, un jefe NAPOLITANO, seguido de cuatro hombres armados.

- BOMB. Pobre muchacha... ¡Cuánto os ama!...
- GONZ. ¡Dios mio!
- BOMB. Alguien se acerca... ¡Ah! ¡Ellos son!
- NAP. Capitan, seguidme.
- BOMB. (Con desesperacion.) ¡Pero adónde, dónde?
- NAP. Tengo órden... de conducirle á su prision.
- GONZ. Estoy pronto: pero mi asistente...
- NAP. Yo mismo debo ponerle fuera del castillo; se le concede la libertad.
- GONZ. Adios, amigo mio. Sé feliz y no olvides mis encargos.
- BOMB. Vivid... digo, morid tranquilo.
- GONZ. Ven, abrázame.
- BOMB. Si, sí. (Abraza á Gonzalo y enjuga las lágrimas, procurando no le vean los sublevados.) No han de verme llorar esos canallas.
- GONZ. Marchemos. (Los sublevados le cercan y salen por la derecha.)
- BOMB. Adios, mi capitan... No tardaré en vengarte. (Váse por el mismo sitio.)

ESCENA IX.

ANDREA, un NAPOLITANO.

- AND. Cobardes. . . ¿Así murmuran de mis actos? ¿Tienen en tan poco la libertad de su patria?
- NAP. Ven el peligro que le amenaza. Si por una parte contemplan á Nápoles en poder de nuestros enemigos y desean romper sus cadenas, escuchan aqui dentro el llanto de sus esposas, de sus inocentes hijos, próximos á caer bajo el golpe de los aceros españoles.
- AND. ¿Y quién les dice que los españoles pisarán este recinto? ¿Se dan por vencidos cuando pueden ser vencedores? ¿Puedo contar contigo?
- NAP. Hasta la muerte.
- AND. ¿Y con los pescadores de Pórtici?

- NAP. Lo mismo que conmigo.
AND. Entonces aun hay esperanza. ¿Y el capitan Gonzalo?
NAP. Aguarda tranquilo la ejecucion de su sentencia.
AND. Su muerte haga mayor el compromiso de nuestra gente. Muera al punto. Pero antes reune cuantas mujeres y niños quieran regresar á sus cabañas. Diles que presto iremos á su lado. Abre con precaucion la poterna y que Dios les guie.
NAP. Muy bien pensado. Voy al momento. (Vá á irse.)
AND. Aguarda. ¿Qué rumor es ese?

ESCENA II.

DICHOS, y MARCELO , presuroso.

- MARC. ¿Andrea?
AND. ¿Qué hay, Marcelo?
MARC. Se observa movimiento en el campo español. Quizá se aprestan para el asalto.
AND. Pues bien: aprestémonos á recibirlos. (Se asoma á la muralla.) Los soldados se precipitan en torno de una mujer.
MARC. Es cierto... (Asomándose tambien.) Pero... ¡Dios mio!
AND. ¿Qué, Marcelo?
MARC. ¡Aquella mujer es Beatriz!
AND. ¡Maldicion!... ¿Estás seguro?...
MARC. Si, si; es ella.
AND. ¡Beatriz en poder de nuestros enemigos!...
MARC. La llevan hácia la gruta del Pino... Varios jefes salen á su encuentro.
AND. Si la reconocen es perdida.
MARC. Otros rodean y abrazan á un soldado...
NAP. El asistente á quien acabamos de poner en libertad.
AND. ¡Ah, ya no hay salvacion para ella!
MARC. Piden su muerte... (Óyense voces lejanas.) Los jefes la interrogan sin duda...
AND. ¡Desventurada!
MARC. Algunos soldados toman las armas... la rodean... se ponen en marcha... (Con angustia.)
AND. ¡Van á matarla!... Pues bien, vida por vida: ¡pronto á las armas!...
NAP. (Gritando á derecha é izquierda.) ¡Á las armas!
AND. ¡Ni un momento mas al capitan Gonzalo!

- MARC. (Suplicando.) Andrea... Andrea...
AND. Su cadáver arrojado desde el muro sea la señal de
combate.
VOCES. (Dentro.) ¡Á las armas!
MARC. (Los dos son perdidos ¡Fatalidad!)
AND. Pronto: conduce al capitán á este sitio.
NAP. Al momento. (Váse por la derecha.)
MARC. Andrea... por última vez...
AND. ¡Venganza, Marcelo, venganza! (Marcelo váse precipitado
por la derecha.)
-

ESCENA XI.

DICHOS, NAPOLITANOS armados, MUJERES y NIÑOS.

CANTO.

- HOMBS. Al arma, al arma, amigos;
vamos á combatir:
juremos como buenos
ser libres ó morir.
MUJS. Compadeceos de nuestro llanto.
HOMBS. Rogais en vano: no hay compasión.
MUJS. Si sois vencidos en la pelea...
HOMBS. Nos dará el cielo su galardón.
AND. ¡Pobre Italia! Algun día orgullosa
señora del mundo reinabas do quier.
Hoy vencida, humillada, llorosa,
el yugo extranjero te brindo á romper.

—
Compañeros,
los aceros
aprestemos
con valor.
Pruebe España
nuestra saña
en el campo
del honor.

—

Por nuestra independencia
lidiemos á porfía:

el sol del nuevo día
la lucha alumbrará.
Italia á nuestro ejemplo
recuerde al fin su gloria:
la muerte ó la victoria
el cielo nos dará.

MUJS.

¡La vida de mis hijos!
¡tened de ellos piedad!

HOMBS.

Que mueran cual sus padres
por nuestra libertad.

HABLADO.

AND. Compañeros, al pié de estos muros el español se ha apoderado de Beatriz, de vuestra hermana. En este momento vá á ser bárbaramente asesinada. Pues bien, vamos á vengarla. La vida del capitán Gonzalo por la suya: á estas muertes seguirá la lucha; lucha atroz, implacable, en la que no habrá piedad. Luchemos, pues, y que el cielo dé la victoria á quien la merezca. (En los hombres murmullos de entusiasmo; en las mujeres de terror.)

ESCENA XII.

DICHOS y GONZALO, entre sublevados armados.

AND. Capitán, ha sonado tu última hora.

GONZ. Estoy pronto á morir.

AND. Llevadle: sea pasado por las armas sobre la torre del homenaje, y que su muerte dé principio á la lucha.

GONZ. ¡Dios mío, tened piedad de mi madre y perdonad á mis asesinos! (Se lo llevan por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS menos GONZALO, luego BEATRIZ, BLASCO y dos Soldados españoles.

AND. ¡Que él te perdone!

NAP. (Asomándose á la muralla.) Aumenta el movimiento en el campo español: sus fuerzas avanzan.

- AND.** (Asomándose: algunos le siguen.) Avancen en buen hora: á la lucha, hermanos, ¡victoria ó muerte!
- HOMB.** ¡Victoria ó muerte! (Van á marchar.)
- MARC.** (Entrando precipitado.) Deteneos.
- AND.** Marcelo, ¿qué es de Beatriz?
- MARC.** Escuchad, amigos míos, escuchad. Ya es hora de que os dirija mi voz, (Todos le rodean.) que nunca os engañará. Hasta este momento el amor á la patria, el anhelo de reconquistar vuestra libertad han armado vuestros robustos brazos, y por ella ibais á sacrificar vuestra vida, la de vuestras mujeres, la de vuestros hijos. Pero este sacrificio es inútil. El español reconoce vuestros derechos, os devuelve vuestros privilegios, respeta vuestros tratados. ¿Confiais en Masaniello?
- TODOS.** Si, sí. (Andrea permanece mudo.)
- MARC.** Pues bien, el valiente pescador, hoy general, depone sus armas, fraterniza con los españoles: el pueblo todo le sigue entusiasmado; y solo un puñado de valientes, quiere oponer en este ruinoso castillo una estéril resistencia. Estais solos; y mientras por todas partes resueñan los gritos de paz, de reconciliacion, de alegría, sobre vosotros bate sus negras alas el genio de la muerte. Los españoles al pié de estos muros tienden sus manos generosas: os llaman á participar de la general alegría. ¿Sereis sordos á su voz amiga?
- AND.** Pero Beatriz.—¿Qué es de Beatriz?
- MARC.** Beatriz vive y ella sea el ángel que desarme vuestro brazo.
- AND.** ¡Será cierto! ¿Han respetado su vida?
- BEAT.** ¡Andrea! (Seguida de Blasco y dos soldados. Andrea la abraza.)
- AND.** ¡Hija mia!
- BEAT.** ¿Dónde está?... ¿Qué es de él? (Marcelo habla con un sublevado, el que se vá precipitadamente por la izquierda.)
- BLASCO.** De órden de mis jefes os devuelvo á esa jóven. Se presentó en nuestro campo revelando su nombre: diciendo que el capitan Gonzalo iba á ser asesinado dentro de estos muros y ofreciendo su vida en represalias. Si el capitan vive, mirad lo que haceis: si ha muerto le vengaremos. En cuanto á esta jóven, los españoles se baten como leones; pero no asesinan á hombres indefensos ni á débiles mujeres.

- MARC. Ya lo ois, Italianos. ¿Sereis menos generosos que los españoles? ¿No imitareis tan noble ejemplo?
- TODOS. Si, si. (Con entusiasmo.)
- MARC. ¿No fraternizareis con los leones de Castilla, valientes en la lid, piadosos en el triunfo, leales en la paz?
- TODOS. Si, si.
- MARC. En buen hora, amigos míos: ahora os contemplo dignos de la libertad que defendeis. (Vá á la muralla y agita un lienzo blanco, como señal convenida con los españoles.)
- BEAT. Pero responded, responded. ¿Qué es de Gonzalo?
- AND. En este momento, acaso... Corred... volad, que no se ejecute la sentencia... Que el capitán viva.—Traedle, traedle... (Á los sublevados: algunos de ellos marchan: pero al ver á Gonzalo se detienen. Óyese marcha militar que vá á acercándose poco á poco.)

ESCENA XIV.

DICHOS, GONZALO y SUBLEVADOS.

- NAP. Aquí le teneis.
- BEAT. (Vá hácia él, y de pronto se detiene.) ¡Gonzalo!
- MARC. Abrazadla, capitán, es digna de vos.
- GONZ. ¡Beatriz!... ¿Pero es esto un sueño?... ¿á quién debo?... (Marcelo desde la muralla agita la bandera napolitana.)
- AND. Á ella, capitán, á ella. Os salva la vida y entrega este castillo. La generosidad de los vuestros debe ser imitada por nosotros. De hoy mas España é Italia sean una sola familia.
- MARC. ¡Viva España! ¡Viva Italia!
- TODOS. ¡Viva!
- VOCES. (Dentro.) ¡Viva!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BOMBARDA, seguido de REGINA, luego JEFES y SOLDADOS españoles, cuya música se oye mas cercana.

- BOMB. Aquí estamos todos, mi capitán. (Precedidos de una banda militar entran los españoles tremolando sus banderas. Los italianos cogen las suyas y las enlazan formando grupos, y fraternizando unos con otros.)

CORO.

BOMB. No mas de dos pueblos
en ruda pelea,
despierte la saña
el bélico son.
Renazca la calma,
y de hoy mas que sea
de Italia y de España
eterna la union.

GONZ. Por siempre, alma mia,
nos une el destino;
el cielo apiadado
nos dá su favor.

BEAT. Á nuestra ventura
él abre el camino,
y trueca la pena
en dicha y amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 1.º de Enero de 1861.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

1818.
vista de pájaro.

blanco.
se enticnde, ó un hom-
do.
ontra nobleza.
lo oro lo que reluce.

de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
das las de honor, ó el
vivo del Cid.
erta del jardín.
caballero es D. Dinero.
veniales.

vido al Coronel!...
ucho abarca.
te la mía!
s el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su Imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómioe como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabetica.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de amor y ambicion.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

El Vizconde de Letorierés.
El mundo á escape.
El capitán español.

Juan Lanás. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisio-
nes de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

y Medoro.
e buena ley.
nas feo.

la la Gitana.
y Marte.
Flora.

mando.
riquita.
santo, ó el Alcalde pro-

cino.
o de una ópera.
sero y la maja.
o del hortelano.
ta y en Marruecos.
a en la ratonera.
no mono.
s de carnaval.
lo drama lirico).
illon de la Rioja (*Música.*)

reccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrijon.
Avila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. ^a de ² Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huëbra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Espér.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	García Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.